

*M*arguerite Yourcena *R*

LA SOLEDAD COMO INÚTIL COMBATE

Ciro E. Schmidt Andrade



Mujer llorando

Marguerite Yourcena logra, con un estilo puro y simple, con una límpida sencillez propia de lo auténticamente clásico, una profunda observación de épocas y de hombres, a través de la cual traduce una íntima vivencia de lo humano. Este trabajo intenta ser un acercamiento a sus escritos desde esa intimidad de lo humano en la que se siente la profunda soledad de los personajes de su obra. En ella se manifiesta un profundo sentido de pertenencia a lo humano a lo cual se abre con profundidad, para reflejar, en el dolor, el problema de la incomunicación entre los hombres.

Nacida en Bruselas en 1903, Marguerite Yourcenar pasó sus primeros años en Francia, pero vivió fundamentalmente en el extranjero: Italia, Suiza, Grecia y después en Estados Unidos, hasta su muerte en 1987.

Su obra es numerosa e incluye poemas, novelas y ensayos. Con la publicación de "Alexis o el tratado del inútil combate" (1929) alcanzó notoriedad en Francia y con "Memorias de Adriano (1951) su fama se hizo mundial. En 1968 con "Opus Nigrum" se hizo acreedora al "Prix Femina" y en 1980 fue elegida miembro de la Academia Francesa, siendo la primera mujer que obtiene esa distinción. A ello hay que agregar otra serie de distinciones importantes en la carrera de cualquier escritor ¹.

Cosmopolita que ha amado como suyos países muy diversos —Alemania, Francia, Japón, Grecia, Italia,... - ha sabido acompañar al vagabundeo en el espacio y en el tiempo: la antigüedad greco-romana (Memorias de Adriano), el Renacimiento (Opus Nigrum), el siglo XIX y XX (Alexis y otros)... Con una cultura también cosmopolita, y además muy profunda, se adentra en los campos de las ciencias, de las mitologías y de las filosofías de la antigüedad griega y latina no menos que del hinduismo y de la filosofía oriental ².

Allí busca la identidad de lo humano en la diferencia de paisajes geográficos y humanos a través de tiempos muy

diversos, pero siempre en íntima cercanía, en definitiva, al atormentado pensamiento de nuestro siglo. Recorre todos los tiempos (Antigüedad, Edad Media, Post Guerra...) y todos los espacios (Grecia, Roma, Mar Báltico, Japón...) a través de los diversos personajes de sus obras, pero su acercamiento histórico sólo tiene sentido como vivencia general del espíritu de una época y desde ese punto de vista es magistral. Aprisiona en forma extraordinaria el momento histórico, y no en situaciones sino en su espíritu de búsqueda, en su situación psicológica y en su comunidad con lo humano universal³. Para acercarse a un acontecimiento se necesita simpatía, empatía y una facultad de "orden metafísico": "esa especie de mirada que nos hace abrazar de un solo golpe el tiempo en el cual el personaje ha vivido y también ha muerto"⁴ y M. Yourcenar lo logra con el estilo puro y simple, con la límpida sencillez de lo auténticamente clásico, al mismo tiempo que con la profunda observación de épocas y de hombres que se reduce a la íntima vivencia de lo humano.

* * *

Hace algunos años Memorias de Adriano produjo un gran impacto en nuestro medio, logrando en algunos momentos la popularidad de un "best seller". Al leer esta obra, en ese momento, me impresionó su estilo, a más de tener alguna lejana intuición de que más atrás de la anécdota había algo profundo que me parecía no descubierto. Ello motivó

mi lectura de algunas otras obras de la autora⁵. El tiempo ha transcurrido y tal vez, para algunos, la novedad ha pasado, pero si, más allá de esa avidez de moda, nos acercamos a lo que supera el tiempo inmediato hay un algo que permanece y es eso lo que, ahora que pasó el tiempo del "best seller" y empieza el tiempo de la permanencia en lo clásico quiero compartir.

Recorre todos los tiempos y todos los espacios a través de los diversos personajes de sus obras, pero su acercamiento histórico sólo tiene sentido como vivencia general del espíritu de una época y desde ese punto de vista, es magistral.

El impacto de Memorias de Adriano, con su clásica belleza y limpidez, me acercó a la autora y a sus obras que ahora, con tiempo reposado, he vuelto a releer, en un intento, repetido en otros autores, de reencontrarse con alguien que alguna vez había significado algo, aunque tal vez no sabía qué. A veces acercarse a una obra literaria se debe realizar evitando las etiquetas propias de una profesión, especialidad o área de conocimientos, lo que significa, en palabras de Ortega,

5 Para este trabajo he usado sólo las obras que a continuación indico:

* *Alexis o el tratado del inútil combate*. Edic. Alfaguara. Madrid 10 ed., julio 1985.

* *El Tiro de Gracia*. Edic. Alfaguara. Madrid, noviembre 1986.

* *Memorias de Adriano*. Editorial Suramericana. Buenos Aires, 15 ed., abril 1989.

* *L'Oeuvre au Noir*. Gallimard Editions. París, 1968 (en el texto se usa el nombre de la versión en castellano "Opus Nigrum")

* *Mishima o la visión del vacío*. Seix Barral. Barcelona, febrero 1988.

1 CAVAZUTTI, María. *Marguerite Yourcenar: Souvenirs pieux, ovrero Le laberinte du monde*. Studium, 1983, p. 73.

2 *Ibíd.* p. 58-59.

3 Por ejemplo *Opus Nigrum*, p. 218-219.

4 Cavazutti, Op. cit. p. 70.

acercarse a luchar con ella entregándose activamente a su contacto en la desnudez inmediata de lo humano.

Este trabajo no es un estudio literario ni psicológico ni histórico. Es un acercamiento de humanidad a humanidad en la impresión inmediata que causa una obra en un lector. Es una reflexión desde un "sentido de lo humano". He tratado de escuchar haciendo silencio, como pide M. Yourcenar⁶. Y esta aproximación se produce, según sus propias palabras, más allá a veces, de lo que la propia autora puede ver. La impresión de un lector puede no ser la del autor, pero como impresión es, en definitiva, valedera. Marguerite Yourcenar no es una solitaria.

Su obra manifiesta un profundo sentido de pertenencia a lo humano, a lo que se abre en profundidad.

Ella misma lo ha dicho. Aunque se haya hablado mucho de su soledad, ella la niega. Y, sin embargo, la lectura de algunas de sus obras me ha causado una impresión de profunda soledad en sus personajes, tal vez porque, como ella también señala, cada uno ve lo que quiere ver.

Esta soledad es más íntima que exterior. Por ello es que elige una situación tan difícilmente comunicable, aún en nuestros tiempos, y que en todos sus personajes muestra, no siempre en forma definitiva. Casi se diría que los aspectos

de homosexualidad, manifiesta o latente, parecen ser uno de los pretextos posibles para presentar una condición humana más profunda: la de la soledad y la incomunicación⁷.

"El escritor es útil si ayuda a la lucidez del lector... lo libera de perjuicios... lo hace ver y sentir lo que ese lector no hubiera visto ni sentido sin él..." (Ent. p. 213).

Su obra manifiesta un profundo sentido de pertenencia a lo humano, a lo que se abre en profundidad. Ello se refleja en los rasgos psicológicos de algunas de las condiciones descritas, pero es más profundo que ellos.

"Pertenezco a la masa humana antes que a una o varias familias" (Ent. p. 187)

Sus héroes parecen sin tiempo ni espacio, aunque se insertan en un tiempo y un espacio claramente especificados. Son figuras de lo humano, y lo humano adquiere la imagen de un "héroe" solitario que en los rasgos de homosexualidad como soledad declarada, en el ansia de saber lejana a su tiempo,

7 Debo aclarar que lo que presento es sólo un aspecto de su obra que es más compleja, al igual que sus personajes. Queda un conjunto de problemas psicológicos, sociales, históricos, morales... sin considerar, en una interpretación que, para muchos puede ser discutible, pero que es un contacto humano con su obra. Este análisis, por lo mismo, no tiene pretensiones técnicas y se sitúa lejos de consideraciones éticas que podemos no compartir. Por lo mismo no se realizan juicios de valor moral en relación a actos propios de sus personajes. Incluso se hace necesario señalar que en esta reflexión no pretendo ver un reflejo de los sentimientos de la autora, ya que, como ella señala, "el público que busca confidencias personales en el libro de un escritor es un público que no sabe leer" (Ent. p. 188).

en la altura imperial del poder, en el absurdo dolor de la guerra o en el vacío sin sentido, manifiestan todas las formas de soledad: la de sentimiento (Alexis), la del científico o del intelectual en el saber (Zenón), la del combatiente en la guerra (Eric), la del emperador en el poder (Adriano) la del poeta en la belleza y del vacío en la misma (Mishima). Incluso en la multitud de sus personajes transmite esta misma sensación, como si el personaje principal multiplicara sus sentimientos en mil rostros distintos.

La diferencia entre el amor y la pasión es la que existe entre la abnegación y el deseo de satisfacciones con cierta agresividad (Ent.98). Los personajes de M. Yourcenar viven más de pasión que de amor, aunque en ella se manifieste un profundo amor por la condición humana.

"Se debe aprender a amar la condición humana tal como es, aceptar sus limitaciones y sus peligros, volver a ponerse al mismo nivel de las cosas, renunciar a nuestros dogmas de partidos, de países y de clases, de religiones, todas intransigentes y, por lo tanto, todas mortales..." (Ent. p. 223).

"El hombre debería participar con simpatía del destino de todos los otros hombres; mucho más, de todos los seres..." (Ent. p. 255).

Alexis

Vive la soledad de los sentimientos y la tristeza de la confesión. En su relato-conversación con su esposa Mónica en el que nos muestra una suerte de ternura derramada sobre los seres y las cosas (Ent. p. 62) en una dolorosa mezcla de recuerdos, soledad, belleza y entrega

⁶ Yourcenar, Marguerite. *Con los ojos abiertos*. Entrevistas con Matthieu Galey. Emecé. Buenos Aires, 1982, p. 66 (en el texto citado como Ent.)



Paz. Detalle

apasionada a la música, en la relación de su vida y verdad interior.

El problema de Alexis sigue siendo, en su vida adulta, igual de angustioso y secreto que antaño (Prólogo) y, sin embargo, los que miren más allá de lo concreto podrán descubrirlo en su verdadera e íntima dimensión, en lo que significa de reflejo de una condición humana profunda. Siente que su vida es difícil porque toda la vida lo es, y mucho más cuando se trata de explicarla (p. 26): la vida es el misterio de todo ser humano y no es necesario que nadie la comprenda (p. 95). En ella hay momentos, a veces aterradores, en los que se atisban lo que llegaremos a ser (p. 30). Al ser nuestra vida única, particular y marcada por el pasado, sólo nosotros podemos verla y no podemos hacer nada por cambiarla (p. 45). Por esos vivir es difícil (p. 164) y, más allá de ello, es vano y sin belleza. La

vida y la muerte como momentos solemnes se pierden en lo repugnante y lo vulgar (p. 152).

Desde esta visión, que ,más que aterradora, es indeciblemente triste, Alexis recuerda, en un lento monólogo, su infancia y su presente. Sus recuerdos son amargos en el relato del niño que sólo él conoce (p. 42), y de los fantasmas que lo acompañan, que son invisibles porque se llevan dentro (p. 37). Su infancia se le aparece como el momento de quietud que acompañará a la gran inquietud que después será toda su vida (p. 30). Época solitaria y silenciosa que por primera vez abre a otra persona, en su dolorosa manifestación de despedida, cuando rompe el gran silencio que se ha instalado en su vida en multitud de palabras no dichas, y que ahora son manifestadas en la lejanía de la carta de abandono (p. 39).

En este monólogo-confesión se recuerda como metido dentro de sí mismo (p. 58) y condenado, ya a los veinte años, a una absoluta soledad de los sentidos y del corazón (p. 88). Siente la necesidad de afecto (p. 66), pero al mismo tiempo su vida solitaria y su incapacidad de amar (p. 48), que se hace mayor en el tiempo transcurrido, al encontrarse cada vez más lejano de todo afecto (p. 62). Es por ello que llega a confesar la absoluta soledad y la ausencia de amor durante su vida.

“Creo sinceramente no haber amado nunca...” (p. 64)

Y al volverse hacia su yo percibe su tristeza, su pena, su sufrimiento y su incapacidad de consolarse a sí mismo, con un sentido de profunda pobreza personal en la ausencia de amor, de fe y de deseo de ser confesado. Ni el mismo puede contar pues casi siempre se es infiel (p. 112).

De allí su temor incluso a esta forma de confesión que significa estar solos y juntos (p. 84 y 141).

“Me quedé solo. Luego la soledad también me dio miedo. Nunca estamos completamente solos, por desgracia; siempre estamos con nosotros mismos” (p. 103).

“Es más difícil ser ante los demás lo que somos ante Dios...” (p. 87)

Su entrega a lo cotidiano de los días en algunos momentos parece hacerle olvidar la personal soledad (p. 146), pero siente que, en definitiva, el desapego absoluto, el estar solo, es la felicidad del no echar a nadie de menos, aún en la entrega a otros.

Sólo la música es puente y entrega, pues es silencio que busca expresión, es desbordamiento de un gran silencio (p. 109 y 162) “que transporta a un mundo

en donde el dolor sigue existiendo, pero se ensancha, se serena, se hace a la vez más quieto y más profundo, como un torrente que se transforma en lago ...” (p. 108). Por ello, por su imposibilidad de amar y su temor a sucumbir en sus deseos, ama ese mundo que se ensancha en soledad y música, que representa el papel de calmante (p. 65).

“Me sentía demasiado cansado para aquella sucesión de recaídas y de esfuerzos igualmente agotadores y no obstante, disfrutaba ya, gracias a la música, de mi debilidad y abandono...” (p. 159)

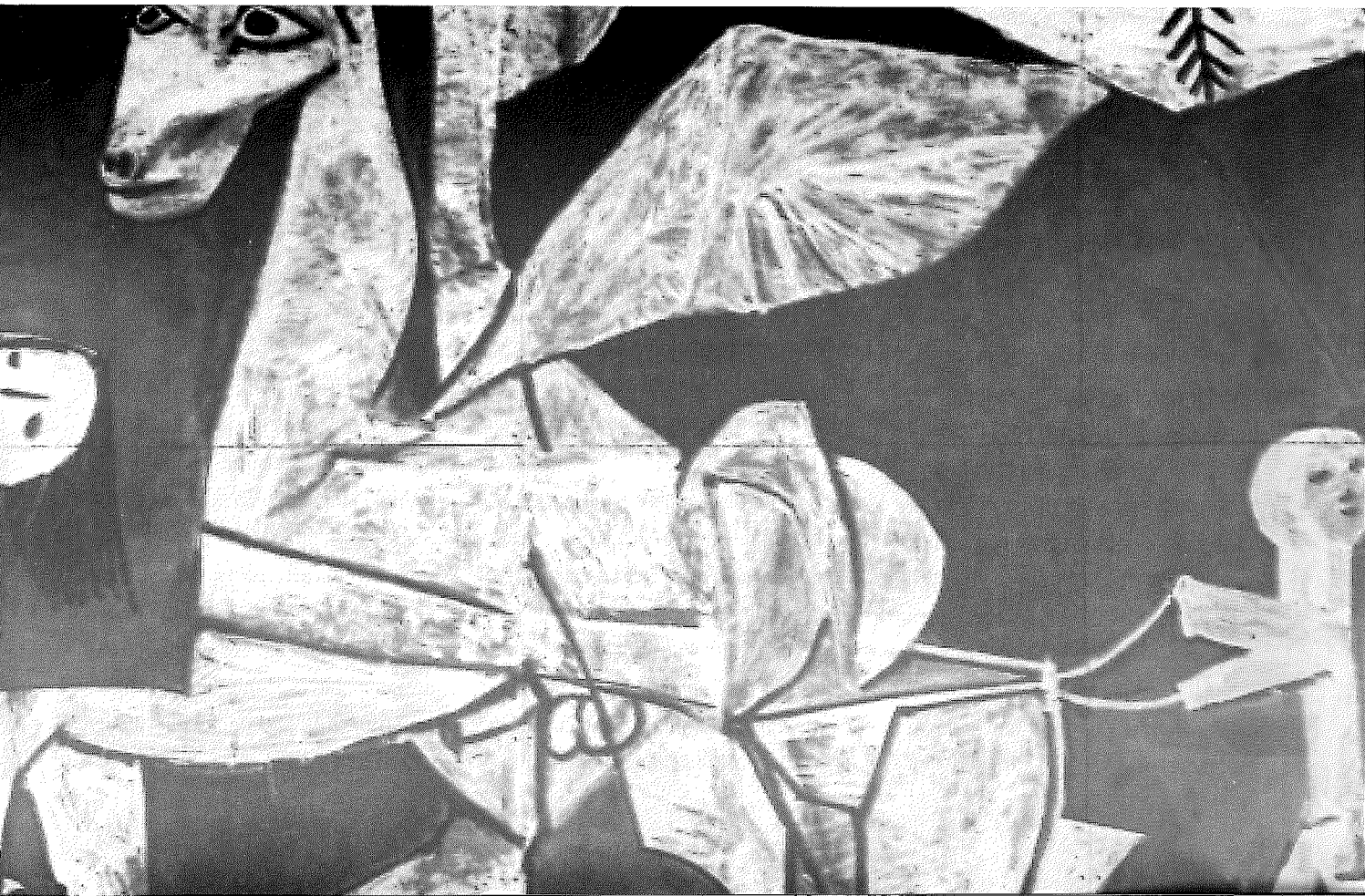
Así, en Alexis, nos debatimos en soledad como en el centro de un cristal (p. 80) en un sufrimiento que nos hace egoístas, porque nos absorbe por entero: sólo en forma de recuerdos enseña la compasión (p. 82).

“La primera consecuencia de las inclinaciones prohibidas es la de encerrarnos dentro de nosotros mismos: hay que callar o bien no hablar más que con nuestros cómplices. He sufrido mucho, en mis esfuerzos por vencerme, por no poder encontrar ni estímulo ni piedad, ni siquiera ese poco de estima que merece toda buena voluntad...” (p. 73)

Eric

El personaje central de “Tiro de Gracia”, así como Sofía y Conrad, resume en forma diferente pero unitaria la experiencia de Alexis, en diversas formas de amor oculto, no correspondido, inconfesado o condenado. La verdad psicológica, y más la verdad humana, pasan por la experiencia de lo individual y particular y en ella se concretan. “Tiro de Gracia” es expresión de esa

Paz. Detalle



experiencia y fue escrito por su valor de documento humano y no político, por lo que desde este punto de vista es necesario que sea juzgado. La guerra nos relata es sólo un telón de fondo para dar una expresión más patética a un mundo de soledad e incomunicación, en la presencia e interrelación de sus personajes, en los que representa aspectos de la condición humana.

Eric es el que es capaz de probar todo y no asirse a nada (p. 28) y que atrapado en las circunstancias no tiene tiempo de sentirse problema ante sus propios ojos (p. 46) en la imprevisible singularidad de sus afectos (p. 47). Su relación con Sophie era una especie de agotadora esgrima en la que él podía tener una máscara de protección, mientras ella se entraba abierta a la lucha de su amor (p. 52). En él se entregó Eric tanto como le era posible hacerlo (p. 51), dada su incapacidad frente al amor de esa mujer. Este amor es el que puso a Sophie en sus manos como si fuera un guante de un tejido a un mismo tiempo flexible y fuerte que, con frecuencia, permitía que, cuando la dejaba, pudiera volver a encontrarla, horas más tarde, en el mismo sitio, como un objeto abandonado (p. 54).

Sophie es la manifestación de la espantosa soledad de un ser que ama (p. 58) y que, aprisionado por la guerra y por el invierno, vive los continuos roces de una existencia siempre en guardia, que dejaba, al mismo tiempo, a ambos en carne viva y endurecidos (p. 55). Eric es la más terrible soledad de aquel que siente que ese amor es absurdo (p. 57), al mismo tiempo que asume su real incapacidad de amar en el horror de un compromiso (p. 64).

Por ello toda relación carnal aparece como necesidad de acallar un momento lo que es un insoportable monólogo de amor (p. 69, 70 y 75). Eric confiesa la conciencia de él y del aborrecimiento que acompaña a todo lo que él es, salvo a sí mismo y, sin embargo, al mismo tiempo siente que sus emociones se hunden a la distancia en la banalidad de ese amor (p. 124). Su amor a Sophie no es tal sino consideración y cercanía más a su hermano que a ella y significa que al final la deja irse, cuando era imposible impedir su partida hacia su destrucción en el abandono del invierno y de la guerra. Ya no soportaba volver a verla ni que se volviera a instalar entre ellos aquella situación monótona y tensa.

“Si hubiera podido dejarme rodar por la pendiente creo que hubiera balbuceado palabras de ternura sin ilusión que ella se hubiera dado el gusto de rechazar con desprecio”. (p. 133)

Y a su muerte, plena de dolor y soledad, en el abandono de la guerra, sólo es capaz de pensar en la demasiada importancia que “le está dando a un cadáver de mujer...” (p. 135), aún cuando a él le hubiera correspondido el tiro de gracia a la que en su huida se habría convertido en enemiga. No se eligen aquellos que nos acompañan como “comparsas de la vida” (p. 114).

Tiene clara conciencia sobre su capacidad de amar (p. 135). Su amigo, Conrad, es el destino de su afecto y él no le ha entregado la custodia de su hermana (p. 108) por lo que ella debe asumir su propia vida. Sin ella la vieja casona que los cobijaba como cuartel de guerra adquiriría la calma propia de un

convento de hombres con tradición de austeridad y de valor (p. 117), ambiente en el que parece sentirse mejor.

Incluso en la multitud de sus personajes transmite todas las formas de soledad, como si el personaje principal multiplicara sus sentimientos en mil rostros distintos.

Para él los hermanos eran, en definitiva, igualmente puros e irreductibles (p. 104) pero sabía que su amor definitivo se situaba en medio de su vicio que lo impulsaba “menos al amor por los chicos jóvenes que al amor a la soledad” (p. 93). Desde allí sentía la debilidad de Conrad que, en su “virginidad”, vive a sus anchas en la muerte como si esta fuera su elemento natural (p. 118). Por ello aparece como el compañero de guerra ideal ya que en él la amistad no es amor sino certidumbre, respeto y aceptación desde la confianza interior que se probó con su muerte (p. 35).

Y todo este engranaje de amor se consume en el “tiro de gracia” a Sophie, en su muerte y en la muerte de Conrad, en el abandono de la guerra, entre sus brazos.

Adriano

En una entrevista (Ent. p. 131-132), M. Yourcenar explica el por qué de un monólogo en esta obra: “Si era un romano el que hablaba debía ser un discurso organizado. La palabra organizada, casi impersonal, refleja lo propio de lo romano”. Sin embargo, más allá de esta razón, “Memorias de Adriano” parece el monólogo de un solitario, en la ancianidad que se acerca a la muerte y en el poder de un hombre

emperador de la Gran Roma. Esta obra, como muchas otras de M. Yourcenar, parece monólogo no sólo por su estructura sino también por la forma de expresión de su personaje. Aunque con más calidez, parece recordar la larga carta de despedida del solitario Alexis.

En Adriano son muchos los rostros y formas que aparecen pero, poco a poco, surge el rostro del hombre sensual, que reduce el amor a ello (p.16-17) y del hombre de teatro, del director de escena, que ordena y controla (p.51) todo contacto humano y al que, en definitiva, sólo su joven amante Alcinoó parece escapársele en la dura soledad que asume: la del suicidio.

Su relato de la infancia y la juventud es una fría relación de hechos en la que no surge ninguna forma de amistad, más allá del lejano contacto con otros en el tiempo de las campañas imperialistas, junto a Trajano, o en el contacto con mujeres encerradas en sí mismas (p.56) y que son atisbos de la gran soledad del emperador (p.75)

“Casi todos los hombres se parecen a ese esclavo; viven demasiado sometidos, y sus largos períodos de embotamiento se ven interrumpidos por sublevaciones tan brutales como inútiles” (p. 97)

Su vida, incluso geográfica, es cambio permanente, sin fijeza, sumergido en la inmanencia del tiempo y del espacio, del hombre que vive su tiempo en el ámbito ancho y amplio de su poder, pero sin la profundidad del que puede esperar algo más allá de lo humano que está sometido a él.

“lo humano me satisface, pues allí encuentro todo, hasta lo eterno” (p. 111).

“yo era dios sencillamente porque era hombre” (p. 212).

Y al final, su más profunda expresión de amor se reduce a posesión en soledad (p.130), a deseo (p.135) de un hermoso ser sensual (p.136) en el solsticio de su vida (p.137). Su “amor, fruto de deseo y soledad produce la extraña felicidad de ser amado”(p.138), que en la incapacidad de comprensión encamina, poco a poco, al amante a la amargura y la muerte (p.143). El amor, en definitiva, se reduce a una amarga forma de posesión que, determinada en su elección por la preferencia sensual (p.143) motiva el remordimiento ante la muerte del amante (Antinoó) (p.143 y 165).

Alexis vive la soledad de los sentimientos y la tristeza de la confesión.

Lejano del amor de y a su mujer siente la lejanía de todo tipo de amor, en la búsqueda confesada de lo sensual. Su peso es una carga difícil de soportar y su intención no siempre confesada es la de rebajarlo, poco a poco, al nivel de las delicias triviales, que en nada comprometen (p.146), en evidente anhelo de no depender de nadie. Es por ello que siempre hay debilidad y amargura en su amor y aunque su ídolo abofeteado sigue siendo ídolo (p.148), ninguna caricia le llega a su alma (p.160), en la angustiada necesidad de herir aquella sombría ternura que amenaza complicar su vida.

En su largo monólogo, sus recuerdos multiplican su soledad de amor en el

poder. Todo es imagen y recuerdo (p.168) pero sin ningún aparente sentido, si es que hay alguno (p.178 y 212), de la vida, de la muerte, del destino...

“Tampoco había querido que un niño que me amaba muriera a los veinte años” (p. 188)

Y todo ello para, al final, entrar en la gran soledad de ese retiro que se llama enfermedad y experimentarla con más sufrimiento (p.218). La vejez, la enfermedad, aparecen como la más completa manifestación de lo vano, así como también la virtud (p.217), en un combate sin gloria contra el vacío, la aridez, la fatiga, la repugnancia de existir que culminan en el deseo de la muerte (p.233).

“Las tranquilas alegrías de la amistad ya no existen para mí; me veneran demasiado para amarme” (p. 229).

“Toda hora tiene su deber inmediato, un mandamiento que domina a todo el resto; el mío, en ese momento, era el de defender contra la muerte lo poco que me quedaba” (p. 163).

Adriano es un personaje solitario en la entrega sensual al gozo y en la complejidad del poder del imperio, y toma conciencia definitiva de esa soledad sin trascendencia, sin sentido, en el momento final en que, en su casi confesión intuye la soledad del poder y del amor reducido a deseo.

Zenón

Zenón es el personaje de un tiempo de crisis que vive la soledad de sus pensamientos, del saber, de la incomunicación y, en definitiva, del

amor, en la soledad de un filósofo alquimista de los revueltos tiempos del Renacimiento. Creando en Opus Nigrum el personaje de Zenón, alquimista y médico del siglo XVI, M. Yourcenar cuenta el trágico destino de un hombre extraordinario, que se separa, poco a poco, de una época brillante pero dura y brutal y que, por ello, terminará en la hoguera.

Imagen de un aventurero del saber (p.18), Zenón se siente verdaderamente peregrino en una larga ruta (p.18) no sólo geográfica sino interior, en la que lo que lo espera es su propio yo (p.20). Hijo de un amor ocasional (p.27) y destinado a ser clérigo, vive su soledad en su juvenil refugio de la biblioteca de un canónigo o la sala de máquinas de un contramaestre (p. 35), en una juventud ardiente pero desdeñosa de los amores (p.41), y que también miró con desdén a sus maestros y compañeros de estudio.

La primera parte de este relato es una constante de viajes, despedidas, temores y persecuciones. Siempre Zenón aparece partiendo, siempre escondiéndose y alejado, por su pensamiento, de Dios y de los hombres⁸. Ya en su juventud partía solo con frecuencia, alejándose en el campo y buscando el contacto directo con las cosas (p.48). Se sitúa aparte del mundo de intereses y valoraciones (p.55) de los demás, viviendo profunda e íntimamente la soledad intelectual que lo aparta del saber y de la religiosidad de su tiempo (p.141). Incluso frente a los más cercanos aparece como un contestatario (p.143).

Dos niños. Detalle

8 Cfr. Por ejemplo p. 187.

“Parto...y voy a ver si la ignorancia, el miedo, la inepticia y la superstición verbal reinan igual que aquí! (p. 70).

“Pocos bípedos después de Adán han merecido el nombre de hombres (p. 148).

Su vida es constante cambio de un lugar a otro por curiosidad, deseo de saber, persecución o falta de amistad real y lazos afectivos que lo aten (p.178). Sus despedidas son siempre sin amor (p.73), pues no hay ataduras que romper y, por ello, es fácil el olvido de aquellos que han estado presentes en algún momento (p.79). Vive la inquietud permanente, que se hace cercana al miedo, ante el temor de ser reconocido (p. 136)... y la sensación de la dura realidad de ser perseguido(p.143). Hasta aquellos que, en algún momento, parecieran ser amigos, lo traicionan (p.181).

En su incapacidad de detenerse, sus afectos y sus relaciones con los otros tampoco son estables. A veces su relación se convertía en gusto por placeres un poco más secretos que otros, en un cuerpo semejante al suyo que refleja momentos de delicia y que nace de un deseo y pasa por él (p.152).

Incluso Dios parece lejano. Ese Otro con el cual sería posible alguna forma de relación, más allá de esa total soledad exterior, está ausente o sólo aparece como tentación para no asumir su propia realidad.

“Dios casi no escucha, respondió amargamente Zenón” (p. 71).

“Buscar algo más allá es ‘eterna tentación’...” (p. 158).

Después, su existencia, más tranquila en ubicación, sigue siendo clandestina hasta el extremo del asombro por tener un nombre(p. 209). Callaba su pensamiento, prisionero de una ciudad, de un barrio... (p. 210), sintiendo que seguía siendo un hombre que tiene en todas partes y en ninguna derechos de ciudadanía. Nada en definitiva probaba que, aunque aparentemente establecido, no retornaría el día de mañana a la existencia errante que había sido su destino y su elección (p. 210). Y sin embargo no era libre, incluso cuando había creído poseer la suma de ella, pues sabía que, más allá de su creencia en haberla conquistado, había dejado de todos modos que su época le impusiera algunas normas y lo doblegara. Su prisión era su ciudad pero también su época, su espíritu y su cuerpo, que como médico conocía en sí mismo y en sus pacientes.

“no es libre tanto como se desea, se quiere, se teme y quizá se vive ...”
(p.223).

“años de explorar esa máquina humana donde nos creemos los príncipes y somos sus prisioneros”
(p. 218).

Su soledad era, también la del afecto, en su incapacidad de amar(p. 227). El amor entraba en sus deseos pero no era un noción pura(p. 226) y en este período de su vida inmóvil sus lazos con las creaturas humanas eran siempre débiles(p. 207) y reducidos sólo a las relaciones espirituales con el prior, las ocasionales relaciones sensuales y el secreto de su identidad guardado en la intimidad con su antigua sirvienta Greta. Incluso en el recuerdo no sólo se perdía

el rostro de los demás sino su presencia y valor.

“Los seres que había acompañado o atravesado su vida sin perder nada de sus particularidades bien distintas, se confundían en el anonimato de la distancia, como los árboles del bosque que, vistos desde lejos, parecían entrar los unos en los otros...”(p.231).

“Había creaturas abordadas, después abandonadas, en el curso de la existencia como esas figuras espectrales jamás vistas dos veces, pero de una especificidad y de un relieve casi terrible, que se destacan bajo la noche de los párpados a la hora que precede al dormir y al sueño y pasan y huyen con la rapidez de un meteoro o se reabsorben en ellas mismas bajo la fijeza de la mirada interna” (p. 232).

Su afecto declinaba hacia el deseo, en el dominio de un placer carnal que escondía como el más secreto y peligroso en la época en que el azar lo había hecho nacer pues “significaba una salvaje ruptura de las costumbres”(p.225). Incluso al ver como se cumplía el lento trabajo de ruinas en la carne del enfermo prior suscitaba en su alma el deseo de olvidar esas fuerzas de perdición y de noche en el refugio de un cuerpo joven y cálido. Su relación se perdía entre deseos condenados por los jóvenes, que aparecían como objetos deliciosos y estudiosos discípulos(p.293), y la relación amorosa, por ejemplo, son su sirvienta “en la absoluta indiferencia de quien toma cerveza y pan”(p.195). Así, vivía el poder bruto de la carne, independientemente de la persona... y de sus preferencias carnales (p.196).



Los niños. Detalle

Su vida parecía confinada por un muro que sólo su espíritu le permitía, en alguna medida, superar (p. 234) y en ella parecía disiparse como ceniza al viento (p. 237). Sólo la figura del prior aparece en ese tiempo como parte de ese espíritu que le permite abrirse a su mundo. Ella es la contrafigura de Zenón, su igual con el que se reúne en la eternidad. Ambos son complementarios; el prior con su rebeldía interior, Zenón revelado intuitivamente como en cada hecho de su vida. Los dos son inteligentes al extremo, son semejantes, pero el prior está dominado por la piedad que siente por todo lo humano, mientras que Zenón, aunque pertenezca también al mundo de la piedad, por su pasión de servir, conserva hasta el final “su fría compasión de médico” (Ent. p. 155). Las entrevistas entre ambos se realizaban en forma frecuente y en ellas se mostraba amabas soledades sin manifestarse. Para Zenón este libre comercio entre dos hombres desinteresados tanto o más lo turbaba cuando la falsedad, como inherente a las relaciones humanas, parecía para él una segunda naturaleza (p. 256).

Eric, personaje central de “Tiro de Gracia”, resume en forma diferente pero unitaria la experiencia de Alexis, en diversas formas de amor oculto, no correspondido, inconfesado o condenado

Y, hacia el fin, aparece el sentimiento de la muerte, cercana incluso en la soledad física de sus paseos por las dunas (p. 337). Su ruta sería hasta el final entre los hombres (p. 339), pero no compartida por ellos. Su destino era la acusación, la prisión y la condena. En la acusación

viviría la plena soledad del espíritu perseguido en su saber, sin defensa y sin anhelo de abrirse en comunicación. Su último tiempo está siempre defendido por murallas físicas y síquicas que lo encierran en la imposibilidad de contacto con los demás, incluso frente al amor de alguno de ellos (p. 416). Su desconocido fin llega, aunque no importa el camino, y con él al soledad frente a los demás.

“El hombre es una empresa que tiene contra ella el tiempo, la necesidad, la fortuna y la imbecil y siempre creciente primacía del número, dice pausadamente el filósofo. Los hombres mataron al hombre” (p. 419).

Al final está solo, como su único maestro y adepto (p. 246), encerrado a toda influencia de afuera y casi a la propia sensación misma. “Instalado en su propio fin, estaba ya Zenón in aeternum” (p. 433).

Solo en su vivir, solo en sus afectos, solo en sus ideas, solo en su muerte. En el plano de las ideas este Zenón aparece marcado todavía por la escolástica y revolviéndose contra ella, a medio camino entre el dinamismo subversivo de los alquimistas y la filosofía mecanicista que iba a tener para el inmediato venir, entre el hermetismo, que coloca un Dios latente al interior de las cosas y un ateísmo que osa apenas decir su nombre, entre el empirismo materialista del practicante y la imaginación casi visionaria del alumno de los cabalistas (p. 456).

Adriano y Zenón

Mientras Adriano es esperanza de orden, en Zenón encontramos el acento

desolador de la incompreensión (Ent. p. 147). La altivez reflejada en la cita que abre la primera parte (Pico de la Mirándola – “Oratio de hominis dignitate”), contrasta con el sentido de la muerte de la cita de Julián de Médicis al comienzo de la Parte Tercera.

Entre Memorias de Adriano, en las cuales hay un espíritu clave que se esfuerza por recomponer un universo, una “tierra estabilizada” después de años de guerra, y Opus Nigrum, en la cual Zenón se hunde más y más en círculos infernales de ignorancia, de salvajismo, de rivalidades imbeciles, hay quince años de la experiencia de nuestro tiempo vivido por la Yourcenar (Ent. p. 148).

Mientras Adriano conserva un sentimiento griego de la dicha fácil y la felicidad es una noción importante para él, para Zenón no cuenta (Ent. p. 165). Zenón es un personaje eternamente en peligro, que debe construir y reconstruir en la sombra, para no provocar riesgos.

Opus Nigrum es una obra contestataria en Zenón. Todo se desmorona a su alrededor, pero siente que es la misma condición humana la que está en discusión. Por ello esta obra es una especie de espejo que condena la condición del hombre, a través de una serie de acontecimientos que llamamos historia (Ent. p. 148).

Y sin embargo, más allá de toda diferencia, en ambos personajes hay algo común: inmanencia y soledad. Sólo la frase final de Zenón aparece como una puerta que se abre, pero no sabemos sobre qué (Ent. P. 163).

Mishima

Mishima fue el poeta, el hombre que ha vivido y muerto en ese secreto impenetrable que es el de cualquier vida humana. Su suicidio no fue un gesto brillante y fácil, sino un ascenso extenuante hacia lo que aquel hombre consideraba en todos los sentidos de la palabra, su propio fin (p. 18). Su vida interior, atisbada por M. Yourcenar, es un paulatino ascenso al nivel del hastío y del vacío, que es el propio de cualquier vida fracasada o con éxito, o ambas cosas juntas (p. 96). Su última obra, "El mar de la Fertilidad" es su testamento. Allí nos muestra la distancia que había entre él y su vida (p. 52).

Los "otros" sólo han existido para él como percibidos y sentidos en unos grados de indiferencia casi completa, de vaga antipatía o de blanda benevolencia y de una atención más o menos distraídas. Como si los mediocres objetos en que se detiene su mirada de contemplador no fueran personas (p. 67). El amor no tiene ningún papel esencial en su vida (p. 100) y su existencia aparece entendida sólo como un juguete fútil y un poco torcido (p. 102). En los grandes momentos lo sabemos solo, absorto en los pequeños detalles prácticos que constituyen, en cada caso, el engranaje del destino (p. 126). Había llegado a creer que el amor se había hecho imposible en un mundo carente de fe y comparaba a los amantes con los dos ángulos de base de un triángulo cuyo vértice era el Emperador que ambos veneraban (p. 131).

Al final M. Yourcenar cita al propio Mishima que había escrito en julio de

1969. "Cuando reviso con el pensamiento mis últimos veinticinco años, su vacío me llena de asombro. Apenas puedo decir que he vivido" (p. 138).

El poeta se da muerte ritual abriéndose el vientre para ser decapitado luego por un amigo. Esta ceremonia, a un tiempo ejemplar y terrible, le abría, en cierto modo, al vacío metafísico, cuya fascinación había experimentado desde su primera juventud.

La soledad como sentido de lo humano

Para M. Yourcenar algunos lectores sólo se buscan a ellos mismos en que leen, y no ven más. Otros parten de una idea preconcebida respecto del escritor (Ent. p. 194). Tal vez mi reflexión y mi síntesis de parte de su obra tienen ese mismo defecto y, sin embargo, su resonancia en mí como lector me muestra una profunda comunión con lo humano, pero sentido en su dolor y soledad, y expresado a través de sus personajes. Pide M. Yourcenar no poner nunca nada de lo propio pero es imposible leer sin que las grandes obras despierten alguna forma de resonancia, a veces no querida por el autor, o produzcan alguna forma de impacto.

"Si se hace hablar al personaje en su propio nombre, como Adriano, o si se habla, como en el caso de Zenón, en un estilo que es más un monólogo en tercera persona en singular, uno se pone en el lugar del ser evocado; uno se encuentra entonces ante una realidad única, la de ese hombre, en ese momento, en ese lugar, y por ese sesgo le llega mejor a lo humano y a lo universal" (Ent. p. 58).

Para cada ser humano pasa toda la humanidad y toda la vida (Ent. p. 192) y la manera más profunda de entrar en ese ser, sigue siendo escuchar su voz, comprender el canto mismo del que está hecho. Hay una voz de Adriano, hay una voz de Alexis, hay una voz de Zenón... y es imposible confundirlas. Se debe tratar de escuchar, de hacer silencio dentro de uno para oír lo que Adriano podría decir, lo que Alexis o Eric podrían decir, o lo que Zenón podría decir en tal o cual circunstancia (Ent. p. 66).

"Memorias de Adriano" parece el monólogo de un solitario, en la ancianidad que se acerca a la muerte y en el poder de un hombre emperador de la Gran Roma.

Hemos señalado, al comenzar, que ella no es una solitaria y sin embargo sus palabras la hacen vivir una profunda simpatía con el dolor de los hombres que se manifiesta en muchas formas, una de las cuales es la soledad.

La amistad y el amor son formas de la vida, aunque no parecen serlo de sus personajes, y exigen cuidado, silencio y respeto (Ent. p. 274) sin embargo declara que no cree que "el amor sea el centro de la vida, de la existencia humana" (Ent. p. 91). Su amor se identifica con el amor por la vida y el pasado pues cuando se ama la vida se ama el pasado porque es el presente tal como ha sobrevivido en la memoria humana.

"Quizá no haya nacido para la inquietud, sino para el dolor, para el infinito dolor de la pérdida, de la separación de los seres queridos, para

el sufrimiento de los otros, hombres y animales, que me conmueve y me indigna, para el sufrimiento de saber que hay tantos seres humanos tan desorientados o tan pobres" (Ent. p. 36).

"Quería ofrecer un cierto ángulo de visión, cierta imagen del mundo, cierta pintura de la condición humana, que sólo pasa a través de un hombre y de los hombres. Creo en la gran libertad que nos concede la historia al mostrar a la gente de nuestro tiempo que, lo que cree único, pertenece al ritmo de la condición humana..." (Ent. p. 58)

Siente la unidad profunda de la raza humana frente al dolor y el anhelo de tratar de descubrir bajo el ser humano que hay en él de duradero (Ent.p.8) en una suerte de humanismo que pasa a

través de la disolución de todos los conceptos, de todos los prejuicios y de todas las nociones⁹.

"Nacer, es ser introducido en un engranaje del cual sólo se sale gastado y destrozado, y lo que es peor después de haber visto a otros seres alrededor nuestro, gastados y destrozados. No niego los momentos de felicidad, pero creo que hay un trasfondo de inconsciencia y de egoísmo en todos los que, en términos vagos y generales, declaran que la 'vida es hermosa'" (Ent.p.190).

Por ello en sus personajes parecemos reconocer esa soledad de Francois Mauriac¹⁰, que es presentada como la que sentimos al reconocer en nosotros signos

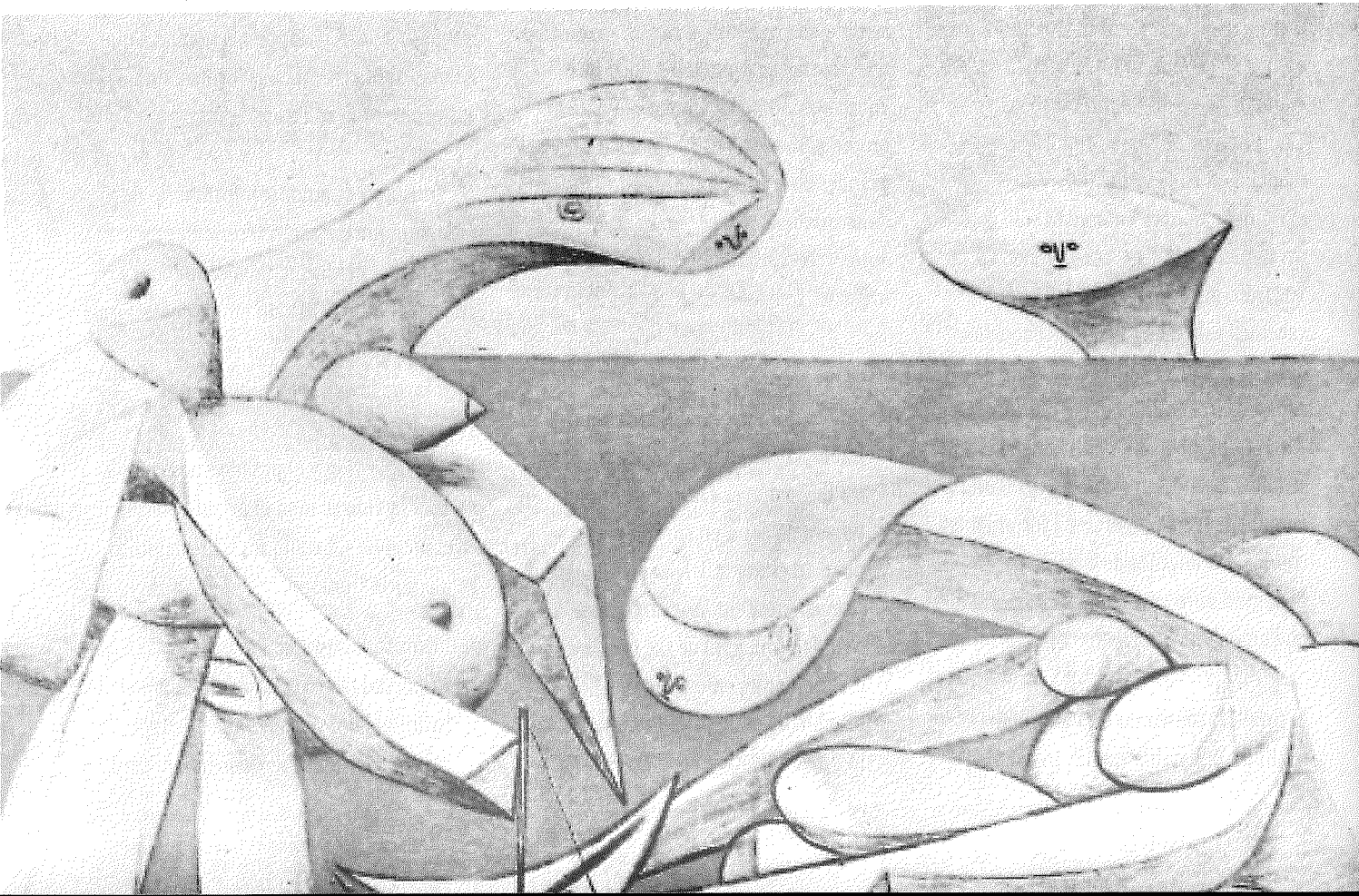
9 CAVAZUTTI. Op. Cit. p. 72.

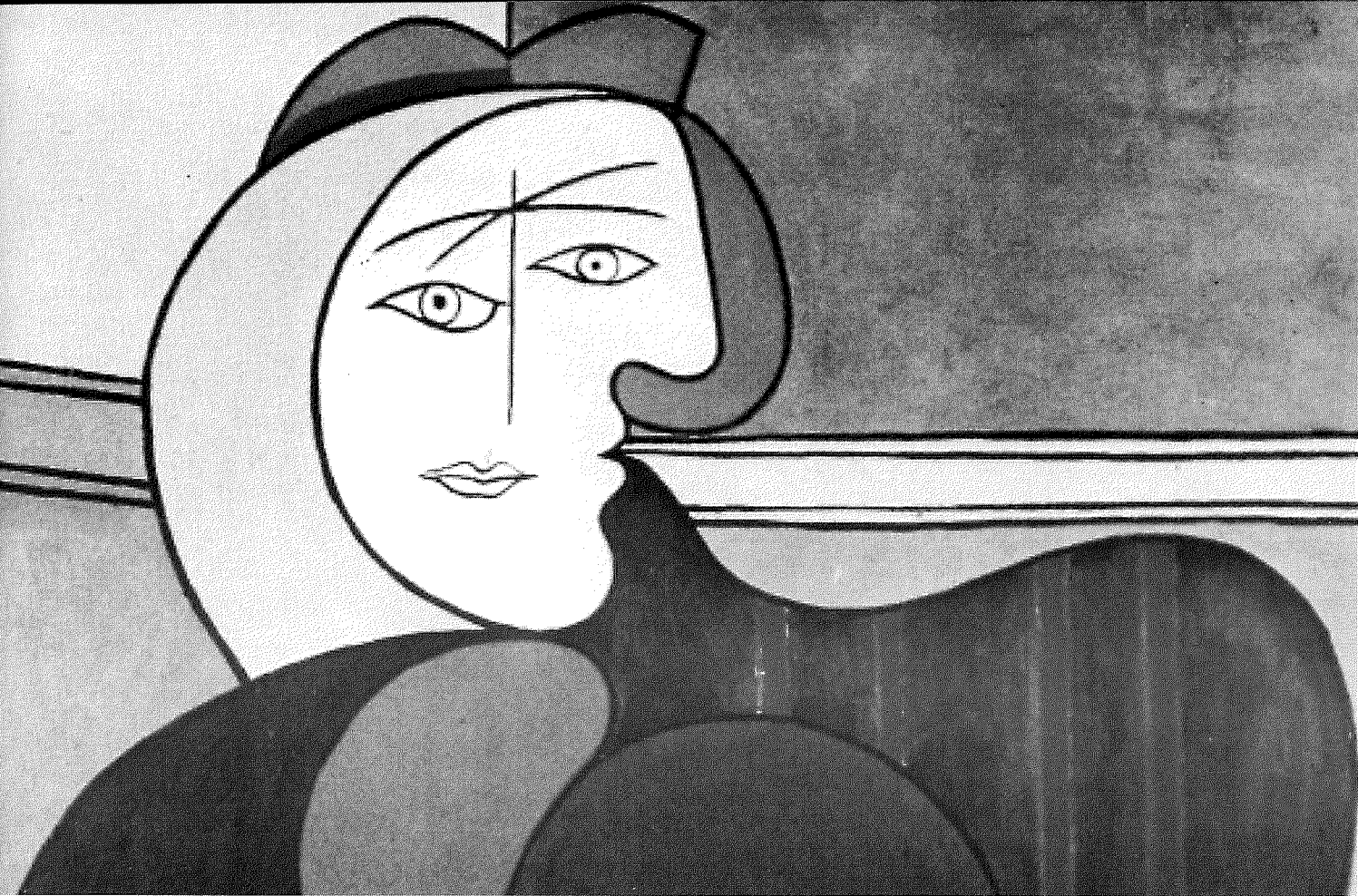
10 Cfr. *El desierto del amor*.

de una especie singular, de una raza casi perdida y de la cual sólo nosotros interpretamos los instintos, las exigencias y los fines misteriosos. Así como en sus poemas el poeta juega el papel de músico y hechicero en la construcción sonora de ciertas ilusiones o cierta realidad (Ent.p.182), en las emociones de sus personajes se expresa lo íntimo que, pasado cierto umbral, sale de sí como la música, pero que se mantiene en los límites de lo humano incomunicable y absolutamente inmanente. Sus personajes se muestran o se viven a sí mismos en la inmediatez de una frustración magistralmente descrita.

Lo religioso (Ent. P.37-42) es el sentimiento de lo sagrado (Ent. P.162) que es el de lo inmenso, invisible e incomprensible que nos rodea (Ent.p.41). En su vida parece existir este sentimiento

Bañistas





El sillón rojo

sólo como el del mito religioso que en todo hombre debe ser vivido de forma natural.

“Todo viene de más lejos y va más lejos que nosotros. Dicho de otro modo, todo nos rebasa, y una se siente humilde y maravillada de haber sido rebasada y atravesada...” (Ent.p.281).

“Llamo Dios a lo que está a la vez en lo más profundo de nosotros mismos y al punto más alejado de nuestras debilidades y errores” (Ent.p. 227).

Es claro que estas no son todas sus obras, pero incluso en ellas y en su sola presentación, hay un recorrido desde la soledad de Alexis a la de Mishima, a pesar de lo cual ambos personajes, en algún sentido, se corresponde, aún

cuando la soledad del último haya alcanzado niveles metafísicos que en el primero eran sólo manifestación de deseos. La humanidad que presenta está encerrada en sí misma, en los límites de sus propias limitaciones, situaciones o circunstancias. Ella es expresión de la soledad de los deseos, de los afectos, del poder, del saber y de los tiempos y , en definitiva, de la condición del ser humano que, sin significación definitiva y sin anclaje absoluto para sus actos se abre al vacío existencial.

Dios está presente sólo en el silencio o en la soledad de la ausencia. Desde una visión de lo humano, desde una visión antropológica, la perspectiva de sus personajes la de una absoluta inmanencia que se hace extrema en un

extremo ensimismamiento, que les impide abrirse en forma real a su dimensión de alteridad.

Con dolorosa piedad y profundo sentido de lo humano se une a la tradición de algunos de los grandes escritores franceses que, incapaces de abrir su boca a la dimensión trascendente del ser humano, lo enmarcan en los límites de una trágica inmanencia que, sin significación ni sentido, hace suyos el desgarrado comienzo de *Hombre Rebelde* de Albert Camus.

